**EL CONSEJO DE DIOS PARA LAS COSTUMBRES**

Hebreos 13:5

INTRODUCCION

Es muy común escuchar a la gente mayor decir que las costumbres han cambiado y tienen razón, y solo bastan algunos ejemplos para ver que es así. La costumbre de sentarse para almorzar o cenar en familia se fue abandonando debido a los horarios de trabajo o estudios. El saludar a la gente cuando uno entraba en un lugar. Todavía en el interior, cuando uno se sienta en un restaurante, los que entran saludan y dicen “buen provecho” a los que están comiendo. Eso ya no ocurre en las grandes ciudades.

Cada vez son menos los padres que enseñan a sus hijos a pedir permiso para entrar, a decir gracias, a ceder el asiento en el micro a personas mayores o mujeres, a dejar la puerta abierta cuando alguien viene atrás, a no hablar con la boca llena, a prestar atención a la persona que nos habla mirándolo a los ojos, a dejar de lado el celular si uno está conversando, solo para mencionar unos pocos ejemplos.

Es cierto que las costumbres cambian de país en país, y lo que en una región se considera una grosería o mala educación, en otra, es todo lo contrario. Hay cinco países donde eructar y hacer ruido con la boca es señal de agradecimiento: en China, en la India, entre los esquimales, en Arabia Saudita y entre los habitantes de algunas islas del Pacífico. Eructar es una forma de decir gracias.

En Ghana, un país de África Occidental, me invitaron a almorzar en una casa, y me sirvieron una especie de puré de papas metiendo la mano en la fuente y colocando una porción en mi plato. Nadie usaba cucharas o tenedores, sino los dedos de sus manos para comer. Para nosotros puede parecernos antihigiénico, pero para ellos fue una muestra de hospitalidad.

Estas son costumbres culturales, según cada país, pero también hay costumbres formadas por hábitos dentro de un mismo país. Por eso la palabra “costumbre” no ha tenido buena prensa en algunos ambientes, principalmente entre los innovadores, entre los que buscan un cambio en la manera de hacer las cosas y entre los que creen que las costumbres nos atan al pasado y dificultan la marcha hacia el progreso.

Además, tenemos las costumbres religiosas. Es probable que más de una vez escuchamos críticas sobre los que van a las reuniones de la iglesia por costumbre y no porque en verdad lo sienten. De manera tal que las costumbres llegaron a ser un sinónimo de aburguesamiento, de superficialidad, de desgano y falta de motivación. Hacer las cosas por costumbre no requiere razones sino solo acatamiento y va en contra de la espiritualidad y en contra de las enseñanzas de la Biblia.

¿Acaso debemos rechazar algo por el solo hecho que se convirtió en una costumbre? Una “costumbre” es un hábito que se adquiere por la práctica frecuente de un acto. Es una tendencia adquirida por la práctica, y puede ser enormemente beneficiosa para el logro de las metas. Por ejemplo, la costumbre de aplicar un sistema efectivo para estudiar, la costumbre de llegar a tiempo, de cumplir con la palabra, la costumbre de llevar una vida ordenada, la costumbre de trabajar responsablemente, etc. Algunas costumbres se van transmitiendo de una generación a otra en forma de tradición, de fiestas, comidas, artesanía, idioma, reglas no escritas, y así las costumbres se convierten en tradiciones.

Muchas de las costumbres de Israel fueron establecidas por Dios, tales como la fiesta de la Pascua, o como la del Pentecostés y otras. También el día para el descanso, como el Sabat, y las leyes sobre los alimentos permitidos y los prohibidos, y otras regulaciones, sin embargo, en algunos casos comenzaron a practicar algo que Dios no les mandó y se convirtió en una costumbre, y la costumbre en una tradición y la tradición en una ley, y en una ley que iba en contra de la ley de Dios, cosa que Jesús señaló cuando dijo “¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición?” Y por esa tradición dejaron el mandamiento de honrar al padre y a la madre, y Jesús concluyó diciendo “Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición” (Mateo 15:2, 6)

Jesús no estaba en contra de las costumbres ni en contra de la tradición, sino de aquellas las costumbres que contradecían la Palabra de Dios. Se oponía a las costumbres que fueron establecidas por los hombres como si fueran de parte de Dios.

Además, las costumbres pueden ser buenas, pero también malas. Por ejemplo oímos decir “Fulano tiene la mala costumbre de mentir y no encontramos manera que cambie”, O también se dice de otro “Tiene la mala costumbre de comenzar bien y terminar mal. Todo lo que empieza no lo termina, y por eso solo oímos quejas de su trabajo” Y así podríamos multiplicar los ejemplos sobre las malas costumbres.

Por lo tanto, debemos seguir el consejo de Dios para “redimir” nuestras costumbres para que se ajusten a la voluntad de Dios. Entonces, ¿cuál es el consejo de Dios sobre las costumbres? El primer consejo es

**I QUE NUESTRAS COSTUMBRES SEAN SIN AVARICIA**

Hebreos 13:5 “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, porque él dijo: No te desampararé ni te dejaré.”

La avaricia se define como “afán de poseer muchas riquezas por el solo placer de atesorarlas sin compartirlas con nadie”. Erich Fromm, un famoso psicoanalista, sicólogo y filosofo judío alemán, dijo que la avaricia es “un pozo sin fondo que agota a la persona en un esfuerzo interminable de satisfacer la necesidad sin alcanzar nunca la satisfacción”

De aquí deriva la palabra “avariento”, de avaro, para describir a la persona acaparadora. Y oímos con relativa frecuencia decir a alguien “no seas avariento, no te quedes con todo”. Al niño que se come todas las golosinas y no comparte se le dice “no seas avariento”. Al que juega al futbol y corre solo al arco para meter el gol y no comparte la pelota con nadie, le gritan “No seas avariento, pasá la pelota”. Al que habla mucho y no deja que otros compartan la conversación, también se le dice “no seas avariento, deja que otros también se expresen” porque al avariento le cuesta pensar en los demás y menos aún en compartir lo que tiene.

Cuando Dios nos dice “Sean sus costumbres sin avaricia, contentos con lo que tienen ahora” estaba indicando también la raíz o el origen de esa avaricia que es la insatisfacción con lo que uno tiene y el deseo intenso de tener más, de poseer más. Porque el avaro o avariento no está contento, no está feliz con lo que tiene y siempre quiere más. Y no solo eso, sino que piensa que en algún momento le puede faltar. Y quiere, de alguna manera, asegurar su futuro. Pero el futuro no se asegura acumulando sino confiando en Dios, porque él dijo, porque Dios dijo “No te desampararé ni te dejaré”.

La pregunta que debemos hacernos es ¿padezco de alguna forma de avaricia? ¿me han dicho que soy avariento? Si es así, tal vez tenemos una muy baja estima de nosotros mismos, una anhelo de poseer y una total falta de fe en el cuidado y la provisión de Dios para nuestro futuro. Porque si confiamos en Dios no temeremos en compartir con otros, y esta confianza añade un enorme plus a nuestra vida cristiana.

Así que repasemos este consejo de Dios repitiendo sus palabras “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora, porque él dijo: No te desampararé ni te dejaré.”

El segundo consejo de Dios es

**II QUE NUESTRAS COSTUMBRES SEAN SIN ENFRENTAMIENTOS**

1 Corintios 11:16 “Con todo eso, si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre en las iglesias de Dios.”

Una vez oí decir a alguien “¿De qué están hablando?...porque yo estoy en contra”. Es el típico “contra”, que sin conocer el tema se opone a todo, que no está de acuerdo con nadie ni acepta razones. A tal persona Pablo lo llama “contencioso”. El contencioso es el individuo que suele contradecir todo lo expresado por otras personas. Y aquí el apóstol Pablo utiliza la palabra filoneikos (filoneikos) es decir, “que le gusta, que ama discutir, pelear, argumentar” y aclaró, que si alguno quiere ser contencioso, discutidor, un “contrera”, “nosotros no tenemos tal costumbre en las iglesias de Dios.”

En otras palabras, “la costumbre de las iglesias de Dios no es contradecir lo que otros están diciendo” No, no tenemos esa costumbre, porque en las iglesias de Dios nos respetamos unos a otros, valoramos las opiniones de otros, no tratamos de imponer nuestras ideas, no levantamos la voz, ni nos gritamos.

Lamentablemente en algunas congregaciones, asambleas administrativas, convenciones y asociaciones no lo han entendido así y han confundido el gobierno democrático de la iglesia con un mitin político, sacando a luz sus rivalidades, echándose en cara culpas y errores, criticando la gestión y haciendo que los estatutos propios tengan mayor valor que la Biblia. Los contenciosos se han sentido siempre a gusto allí, como un pez en el agua, y nunca faltan a estas asambleas porque les encanta la pelea, incluso la descalificación pública de otros.

Pero, amados del Señor, entre nosotros nunca, nunca, nunca debe ser así. “porque si alguno quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre en las iglesias de Dios.” Porque donde está la presencia de Dios estas cosas no ocurren. Por eso, todas nuestras reuniones, no solamente donde cantamos y adoramos a Dios, sino también cuando nos reunimos para planificar y tomar decisiones en asamblea o en grupos, puede ocurrir que ingrese algún extraño ¿qué es lo que debería ver? ¿qué debería escuchar? ¿qué debería percibir? El que ingrese, sea indocto o un incrédulo al escucharnos hablar, al ver la manera cómo nos tratamos o cómo nos dejamos guiar por Dios, declare que realmente Dios está entre nosotros, como escribió Pablo en 1 Corintios 14:25 “lo oculto de su corazón se hace manifiesto, y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros”

Por eso, si alguno quiere ser contencioso, la iglesia de Dios no es un lugar apropiado para ellos, porque el Espíritu de Dios no reina en su corazón. Y en este punto el apóstol Pablo fue muy claro cuando dijo “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9) Por tanto, si alguno quiere formar parte de la iglesia debe tener el Espíritu de Cristo, y con su Espíritu debe desaprender y aprender de nuevo. Debe abandonar los malos tratos que aprendió en su casa, en la política o en los gremios y repetir los buenos tratos hasta que se haga una costumbre escuchar, respetar y tratar bien a los demás.

Ahora, nadie va a cambiar si cree que no necesita cambiar, si cree que está en lo correcto y los demás están equivocados. Pero si el Espíritu Santo te habló, y te diste cuenta que provocaste muchas discusiones y desacuerdos, y que necesitas esa transformación, puedo anticipar que lo que Dios comenzó lo va a terminar, y dejarás para siempre las contiendas, para convertirte en un constructor de la paz, por el poder de Dios.

En tercer lugar, Dios nos aconseja

**III QUE NUESTRAS COSTUMBRES INCLUYAN EL SERVICIO A LOS DESCONOCIDOS**

3 Juan 1:15 “Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos.”

Normalmente tenemos la costumbre de priorizar, a cuidar, proteger, favorecer a los más cercanos, es decir, a nuestra familia, y eso está bien, porque como dice San Pablo en 1 Timoteo 5:8 “porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo.” Luego están nuestros parientes, nuestros amigos y a los hermanos en la fe de nuestra congregación. Con los cuales nos relacionamos, compartimos nuestra amistad, las comidas, los paseos, las reuniones de la iglesia. Y esto, igual que con la familia propia, también está muy bien, pero, si no tenemos cuidado, puede significar nuestra última frontera, Nuestro “NON PLUS ULTRA” que significa “no más allá”. Que según la leyenda, Hércules grabó estas palabras en el estrecho de Gibraltar, al sur de España, para indicar que allí se terminaba el mundo conocido. Y más allá no había nada “Non plus ultra”. Pero cuando Colón descubrió América, demostró que sí había un más allá, había tierras, pueblos y naciones.

El apóstol Juan nos mostró que nuestra fidelidad a Dios no debe terminar en nuestros conocidos, en nuestra familia, amigos o nuestra congregación, y que debemos ir más allá, al escribir “Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos” (3 Juan 1:15) Y con solo este elogio Juan quitó el cartel “Non plus ultra” de todas las iglesias cristianas, sugiriendo que éste también debe ser nuestro estilo de vida, y que debemos interesarnos por el bienestar de otros que no conocemos, que no son menos importantes que los que conocemos. Que también son nuestros hermanos en la fe, aunque vengan de otra parte, o que no son del mismo palo, es decir, de la misma tradición o cultura religiosa.

Por eso, no puedo dejar de agradecer a los que asistieron y colaboraron con desconocidos en las últimas campañas evangelísticas. Gracias a todos los que fueron más allá de lo conocido, de su familia, de sus amigos, de su iglesia para dar una mano, o simplemente estar presentes apoyando a otra congregación, que sin duda, la mayoría de ellos eran desconocidos. Pero allí estaban, allí se condujeron fielmente, porque prestaron algún servicio a los desconocidos.

Gayo adoptó la costumbre de ayudar a los que no conocía. Por eso Juan escribió “fielmente te conduces”. No dijo “fielmente te condujiste cuando prestaste ese servicio a los desconocidos” como un hecho puntual en el pasado, sino como un procedimiento continuo. Y hemos visto que una práctica continua de un acto produce una costumbre. ¡Y esta también es una buena costumbre!

CONCLUSIÓN:

Tengamos presente siempre que las buenas costumbres hacen nuestra vida más plena, más llevadera y nos ayudan a lograr nuestras metas y alcanzar nuestros objetivos, a relacionarnos mejor entre nosotros. Las buenas costumbres nos hacen más generosos, a no ser avaros y compartir con los demás. Las buenas costumbres evitan las contiendas y confrontaciones y nos vuelven más gentiles, como diría el apóstol Pablo “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres” (Filipenses 4:5) Las buenas costumbres también tienen la característica de prestar un servicio a los hermanos, principalmente a los desconocidos.

Escuché esta semana a un empleado en un supermercado cantar mientras ordenaba los anaqueles y completaba la mercadería la canción de Jaime Murrell, a quien escuché cantar esta canción en Acapulco (México) que dice

“Yo quiero más de ti y habitar en tu presencia

Menguar para que crezcas tu

Y cada día seré más como tú

Quebranta mi corazón, quebranta mi vida

Te entrego mi voluntad a ti

Todo lo que soy Señor, todo cuanto tengo es tuyo

Yo quiero menguar para que crezcas tú.

Este empleado tiene la costumbre de cantar mientras trabaja, lo que es una buena costumbre. Dios también quiere llenar tu vida con su presencia para por medio de tu nueva costumbre Cristo llene tu vida.